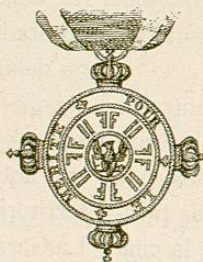


Unidos. El Congreso nacional terminó sus sesiones el día 24 de Noviembre, y se abrió el primer Congreso ordinario el 1.º de Enero de 1825.

En Setiembre de ese año, el día 15, vióse por fin libre Méjico de los soldados españoles, pues en tal día se rindió por hambre el fuerte de San Juan de Ulloa. Los valientes que en él se habían encerrado habían sostenido la bandera de España á pesar del abandono en que les tuvieron durante años lo mismo los liberales que los absolutistas. Con esto mejoró un tanto la situación de los españoles que se habían quedado en Méjico en gran número, ocupando un número considerable de puestos públicos, de

modo que para los exaltados nada había cambiado en Méjico, así se constituyeron en partido para reclamar la expulsión de los españoles dirigidos por el coronel Lobato; pero Guerrero se interpuso, y desorganizó el pronunciamiento militar y como el cónsul de Inglaterra hablare alto sobre tales proyectos, y en aquellos días Inglaterra ejerciera grande influencia en Méjico en donde enviaba á millones las libras esterlinas contratando los empréstitos que habían de darle las minas y el comercio mejicano por resultado, la política de concordia y de generoso olvido se impuso, y la naciente república pudo gozar un día de paz.



Prusia: Orden del mérito civil



CAPITULO LI

EL PERÚ, BAJO EL PROTECTORADO DE CHILE Y DE COLOMBIA

La invasión chilena en el Perú.—El protectorado de San Martín.—Proyectos de San Martín relativos al establecimiento de un imperio.—Su caída.—Caída de O' Higgins en Chile.—Cinco meses de triunvirato en el Perú.—Siete meses bajo la presidencia de Riva Agüero.—Lucha de un gobierno nacional contra la dominación extranjera de la Colombia.—Emancipación del Perú.

UN mes después de la batalla de Carabobo, un mes antes de la conclusión del tratado de Córdoba, se proclamó en Lima la independencia del Perú.

La expedición chilena que se había detenido por falta de recursos, pudo al fin estar lista el 21 de Octubre de 1820, y llegar á las costas peruanas cuando Pezuela que tenía descontento al país con sus medidas financieras, acababa de descontentar á los españoles todos, ó á su inmensa mayoría, por su resistencia en proclamar la Constitución, lo que no hizo hasta el día 17 de Setiembre, esto es, cuando con su resistencia había ya desunido á los españoles y al partido español.

Tuvo Pezuela tiempo más que sobrado para organizar la resistencia y para destruir á San Martín, quien lejos de osar un golpe contra la capital atacando el Callao como pedía lord Cochrane, se fué á desembarcar á Pisco,—8 de Setiembre,—en donde se estuvo durante cincuenta días en la inacción militar más completa; pero no en la más completa inacción diplomática, pues se gastó este tiempo en conferencias para la paz que se estrellaban ante la negativa de reconocer el virey del Perú, la independencia de Chile y Buenos Aires.

Con estas negociaciones San Martín ganó más que Pezuela, pues dió tiempo para que su gente se rehiera, dió tiempo para que se formara en el Perú el partido autonomista, y dió tiempo para que Pezuela se desconceptuara, tanto que, cuando llegó el momento de obrar, el bravo general Laserna pidió el establecimiento de una Junta de guerra en la cual el virey no había de tener más que un voto al igual de todos los demás miembros, porque para Laserna no había dudas sobre la capacidad militar de Pezuela.

Claro está que con esto no se hizo más que sembrar la desconfianza, los celos y los rencores en las filas del ejército español, desorganizándolo todo, de modo que no parecía sino que San Martín iba á ser el Iturbide del Perú.

Así le fué posible al coronel Arenales, salir de Pisco y recorrer el país al frente de mil doscientos hombres hasta llegar nada menos que á Pasco: á Cochrane le fué posible atacar dentro del punto del Callao y capturar, la fragata Esmeralda: á Torre-Tagle pronunciarse en Trujillo, al batallón de Numancia formado de venezolanos pasarse al enemigo, y á San Martín dejarle que tomara posesiones en Huaura á treinta leguas de Lima, en donde fué á juntarse el

coronel Arenales que se había dado un paseo de más de doscientas leguas. Así nada tan natural como la petición del Ayuntamiento de Lima,—16 de Diciembre,—por la cual pedía que se celebrara una capitulación honrosa con un enemigo que aun nadie había visto, y por consiguiente nada tan natural también como que hubiese aun en el Perú españoles dignos y hombres de vergüenza decididos á salvar la honra de su patria y su reputación. Estos hombres acaudillados por los generales Valdés y Laserna destituyeron al virey,—29 de Enero de 1821,—tomando su puesto Laserna en el cual fué después confirmado por el gobierno español. Pero Laserna no era el hombre que convenía. Mas ambicioso que otra cosa, no estaba dispuesto á representar el papel de héroe, y esto que conoció desde luego San Martín fué la causa de su desgracia, pues lejos de atacarle se fué á merodear y sublevar el país para encerrar á Lima y al Callao dentro de un círculo de enemigos.

Este plan dió sus resultados, el hambre y el mal-estar se principió á sentir, y Laserna no resultaba mejor general que Pezuela; por lo contrario, como éste, se metió en negociaciones con San Martín, movido por lo que había hecho Iturbide en Iguala.

Reunidos en la hacienda de Puchanca,—23 de Mayo,—San Martín y Laserna, trataron de reorganizar el Perú bajo las bases del Plan de Iguala, esto es, en dar al Perú una constitución y una existencia independiente bajo el cetro de un infante de España, pues para San Martín era imposible en esos países la solución republicana. Pero si esto era del agrado de Laserna, Valdés entendía que esto era una traición á la patria y se disponía á desbaratar las maquinaciones de su jefe, quien proponía una tregua de diez y seis meses á fin de dar tiempo á que fueran á España dos oficiales á someter á la aprobación del gobierno español lo pactado, debiéndose en el ínterin repartir los dos el Perú, ocupando unos el Norte y los otros el Sud. San Martín tenía sobrado comprometido á su enemigo para allanarse á tales soluciones, y en su consecuencia continuó la guerra.

Laserna no tenía recursos para sostenerse en Lima, y además le precisaba concentrar todas sus fuerzas para hacerse fuerte, es decir, necesitaba unirse á Canterac, quien, á su vez, necesitaba refuerzos para defenderse de Arenales.

Salió Laserna de Lima y San Martín anduvo rehacio en ocupar la capital. Se hizo rogar, y al decidirse,—12 de Julio,—lo hizo afectando aquella misma modestia de Chile que tan simpático le hizo. San Martín aseguró una vez más á los peruanos que su

misión terminaría una vez el Perú hubiese recobrado su independencia.

La independencia del Perú se proclamó el día 15 de Julio, por una Asamblea de notables presidida por el arzobispo, y el 28 del mismo mes, las tropas y funcionarios prestaron el juramento de fidelidad.

Interin esto sucedía, Laserna llegaba con los que le seguían á la Sierra, en donde pensaba acantonarse para recibir á sus enemigos, operación que pudo llevar á cabo tanto por no perseguirle San Martín, como por haber impedido éste que Arenales le acosara á pesar de las enérgicas demostraciones de éste para que se impidiera una concentración que tan peligrosa le parecía.

San Martín había adoptado esa conducta reservada y anti-militar porque le constaba de sobra la adhesión del país y de los limeños al rey de España, y tenía por cierto que, el menor revés, había de ser para él un verdadero desastre. Así su plan político-militar consistía en cortar las comunicaciones del ejército, en aislar á los elementos españoles todos con la esperanza de que, faltos de instrucciones y de noticias, entrara entre ellos la desconfianza y la desunión y se deshiciera un partido que no se creía en estado de poder combatir.

San Martín se veía apoyado en su modo de obrar lo mismo por los jefes de la revolución peruana, José de la Riva Agüero, su verdadero padre, y cuyo plan revolucionario seguía San Martín fielmente, como por los hechos. Estos parecían decisivos. ¿Qué había sacado Arenales con recorrer el país de abajo arriba? Nada; pues si bien no encontró en parte alguna resistencia, tampoco encontró adhesión de ninguna clase.

Añádase á esto que San Martín, que nada tenía de demócrata, quería, como se había querido en Méjico, apoyarse con los españoles para combatir la democracia, ó sea á los elementos populares, así había desde Ancon prometido á todos los españoles la inviolabilidad de sus personas y propiedades si contribuían á la emancipación del Perú, y aun cuando éstos no se movían, San Martín, deduciendo de su pasividad su adhesión, se opuso tenazmente á los que querían inaugurar una política sistemática de represalias contra los españoles.

Contra el modo de pensar de San Martín, se elevaban Laserna, Canterac y Valdés, los tres jefes del ejército español. El primero hubiera bajo la base de la soberanía de la casa de Borbón hecho un arreglo; el segundo, francés de origen, tan liberal como el primero, era tan valiente como severo, y Jerónimo Valdés era un militar cumplido, tan bra-

vo como desinteresado, paciente y enérgico, el verdadero ídolo del puñado de hombres que allí permanecían agrupados alrededor de la bandera de España, recordando en su aislamiento á los heroicos conquistadores.

Proponíase también San Martín crearse una posición privilegiada en el Perú. Ya desde los primeros momentos se proclamó su jefe ó dictador, y esto sin esperar á que los peruanos le concedieran tal jefatura. Quiso luego sobornar á los soldados chilenos y á la escuadra de Cochrane y aun á éste, porque San Martín llevaba en todo un fin personal que disimulaba con gran prudencia, y lo cual fué causa de que no se opusiera á Canterac cuando al frente de tres mil hombres se presentó en el Callao para llevarse las cajas del Tesoro que tanto sirvieron para la organización del ejército español.

Pero San Martín tenía que decidirse. Lima con sus bellísimas mujeres y con sus vicios obraba de una manera demasiada lenta la obra de la desmoralización de sus compañeros, y Cochrane, dueño ya del Callao, lejos de regresar á Chile, recorría la costa en nombre de Chile para hacer oposición al dictador. Así el que había principiado por no querer oír hablar de Cámaras ni de Asambleas de ninguna clase, ni de autoridad alguna al lado de la suya, principió á ceder nombrando un Consejo de Estado, y en 27 de Diciembre convocaba, en fin, para el mes de Mayo próximo, la constituyente peruana.

Tal vez San Martín no hubiera salido de su reserva si el éxito de Iturbide no le subiera á la cabeza; pero más ambicioso que resuelto dejó que las cosas marcharan con la misma languidez que hasta aquí, á pesar de los consejos de Monteagudo que le había seguido y que ocupaba en su gobierno el puesto principal. En el teatro, en las plazas, en las funciones públicas se hablaba y vitoreaba al emperador José; pero el emperador José no hacía más que salir en público en carruaje arrastrado por ocho caballos demostrando el fausto insolente de los vireyes, por cuya razón lo único que conseguía era que la gente murmurara de él.

Así cuando al moverse el ejército español aplastó Canterac al general Tristán que San Martín había enviado á su encuentro llevando la alarma á Lima la derrota, se deshizo en injurias contra todos sus adversarios tratando á los españoles con la mayor crueldad. Fuese entonces á buscar á Guayaquil el apoyo de Bolívar; pero ya hemos dicho que éste tenía también su pensamiento respecto del Perú, de suerte que San Martín se veía ahora perseguido por la fortuna y enfrente del Congreso, que había

convocado, resueltamente republicano y por consiguiente enemigo formal del dictador.

San Martín no se hizo ilusiones. Había adelantado demasiado para retroceder, y había osado poco para imponerse, así, aun después de ver á Lima en plena revolución, repuesto el Ayuntamiento que él había disuelto, desagraviados españoles y peruanos por él indignamente perseguidos, aun en este momento consultó con Alvarado sobre la fidelidad de las tropas y sólo al saber por su lugarteniente que nada podía esperar, sólo entonces resolvió abdicar su autoridad haciéndose el agraviado por las intenciones liberticidas que se le habían supuesto.

Monteagudo, de quien se habían librado los limeños, al hacer una revolución contra el despotismo del dictador, llegaba á Valparaíso el 21 de Setiembre. Menos de un mes después,—12 de Octubre,—llegaba allí San Martín. Uno y otro llegaban á tiempo para presenciar la caída de O'Higgins.

O'Higgins había hecho de Chile el país más respetado y estimado del Sud América. Era el más próspero, y el que más hacía para la causa de la independencia de América. Sus socorros no faltaron á Bolívar para libertar á Colombia. El Perú le debía la presencia de su ejército libertador. Cochrane paseaba por el Océano Pacífico la bandera de Chile sin contradicción. Todo esto era en parte, ó en su mayor parte, obra de O'Higgins, quien para conseguirlo, no reparaba en nada. Todo le parecía bien si daba buenos resultados. Pero O'Higgins no notaba que la gente se había cansado de su protección. Si los griegos se cansaron del gobierno del justo Aristides, ¿cómo los chilenos no se habían de cansar del gobierno del déspota O'Higgins, por fructífero que fuera para la causa de la independencia su despotismo?

Además, América conseguía ahora, en virtud de las circunstancias, un momento de reposo en la lucha, y como ésta parecía á todos haber ya terminado, la atención pública se volvía del lado de los gobernantes, y veía entonces, que lo que se les había concedido, que lo que se les había consentido durante el período militar no podía ahora continuar durante el período de la justicia, que iba á principiar con la paz de hecho.

O'Higgins vió, desde luego, formarse la amenaza tempestad que hubiera podido disipar con gran honra suya si, comprendiendo su situación y obrando como patriota, se hubiese apresurado á retirarse ó á renunciar funciones que sólo podía ejercer en estado de guerra. ¿Qué hizo el dictador? Púsose al frente del movimiento popular que reclamaba unas